

*Apologistas latinos:* Tertuliano, Minucio, Félix, Arnobio, Lactancio y San Cipriano.

Apologistas griegos.

SAN JUSTINO ocupa el primer lugar entre los Apologistas, inaugurando dignamente este nuevo periodo de la elocuencia cristiana: la elevacion de su espíritu, la hidalguía de su carácter, la belleza de su alma, le han conquistado en todos tiempos la admiracion general, y desde San Ireneo hasta Bossuet, todos los órganos de la tradicion católica han saludado en su persona con entusiasmo el tipo perfecto del filósofo y del mártir de la fé.

San Justino nació el año 105 en Sichen, provincia de Samaria, en la Palestina; fué educado en los errores de la idolatría, y cultivó su privilegiada inteligencia con el estudio de las bellas letras: en extremo aficionado á la filosofía, se dedicó con preferencia á conocer las diferentes sectas que dividian las escuelas, deseoso de hallar en alguna de ellas la verdad; su alma, predispuesta á los grandes afectos, su espíritu, ávido de verse satisfecho, recorrió la dilatada série de los esfuerzos del hombre por conquistar por sí mismo lo que perdió el día de su caída, y el santo nos revela en su *Diálogo con Trifon* cuán estériles halló los delirios de la vanidad con que tantos otros se habian satisfecho: ni los estóicos con su indiferencia, ni los peripatéticos con su soberbia y su avaricia, ni los pitagóricos en su confusa nomenclatura para llegar á la contemplacion del ser, ni los platónicos, cuya doctrina mas se aproximaba al parecer á la verdad; pudieron fijar definitivamente la atencion de Justino. Llegó un momento solemne en la vida del santo; un

anciano, cuyo nombre ha callado la historia, ofrece ante su vista un nuevo dogma, una creencia llena de sencillez y sublimidad, y determina para siempre el rumbo de sus ideas, la norma de su conducta, el fondo de sus sentimientos y sus creencias.

San Justino escribió dos *apologías*, una de ellas dirigida al emperador Antonino Pio y otra al Senado de Roma en tiempo de Marco Aurelio; compuso además el *Diálogo con el judío Trifon*, dos tratados dirigidos á los griegos, el primero con el nombre de *Discurso* y el segundo con el de *Exhortacion ó Refutacion*, un libro de la *Monarquía* ó de la unidad de Dios, y algunos le atribuyen tambien, aunque sin fundamento bastante, la *Epístola á Diogneto*.

La primera de sus *apologías* es la mas importante, distinguiéndose muy particularmente por el método con que se demuestra cuán injustamente se perseguia y martirizaba á los cristianos, se prueba la verdad de la buena doctrina y se esponen las principales ceremonias de nuestro culto, triple objeto de tan notabilísimo trabajo.

Es de notar en este sitio una coincidencia de gran significacion: precisamente en la época en que florecen los panegiristas paganos aparecen los apologistas de la religion; cuando una elocuencia servil tiende á persuadir á los emperadores que su poder no tiene límites; que su voluntad debe ser la única y sola ley, en este momento la palabra cristiana les enseña severa, digna, independiente, que sobre las arbitrariedades de los hombres está el poder y la voluntad de Dios.

Las dos *apologías* de San Justino, como las de los que le siguen, muestran claramente que sus autores se inspiraban en la fuente inagotable de toda inspiracion: el amor á la verdad,



el sentimiento del derecho, la conciencia del deber, el respeto á la justicia, he aquí la base de todos sus razonamientos: el gran mérito de la *apología* está, mas bien que en la forma, en el fondo de los discursos: es el imperio de la razón por la razón y hasta sobre la misma razón.

San Justino, después de haber sostenido con tanto empeño la verdad del Evangelio, la selló con su sangre el año 167.

TACIANO de Siria, que floreció durante el imperio de Marco Aurelio, fué discípulo de San Justino: educado como este en los errores del paganismo, debió al conocimiento de los libros santos su conversión. «La lectura de estos libros, dice en una de sus obras, me persuadió: sus palabras son sencillas, respiran sinceridad, y están lejos de la comun afectación: lo que enseñan se comprende, y como que se retiene sin querer: los preceptos son admirables, muchas de sus predicciones han tenido ya cumplimiento, y estableciendo, por último, un monarca único de todas las cosas, nos libertan de un número considerable de tiranos á quienes estamos sujetos.»

Tal es el lenguaje de Taciano: su elocuencia, llena de energía y erudición, hizo mucho bien á la Iglesia, hasta que por una repulsión poco común é inconcebible renacieron de nuevo en su mente las ideas platónicas, á las que antes habia sido afecto, y escribió un libro intentando demostrar la oscuridad de la Escritura y la dificultad de comprenderla, haciéndose jefe de una nueva secta enciclopedista, y á la que en un principio se afiliaron muchos por espíritu de novedad.

SAN TEÓFILO abrazó la religión cristiana persuadido de sus escelencias: la convicción mas íntima sucedió á la incredulidad

mas absoluta, y de irreconciliable enemigo de los fieles llegó á convertirse en panegirista entusiasta de la verdad, mereciendo ocupar la silla de Antioquía y gobernar su iglesia con gran acierto durante trece años.

De San Teófilo solo han llegado hasta nosotros tres libros apologéticos dirigidos á Autólico, distinguiéndose por su estilo limado, vivo y adornado de bellos pensamientos: el pasaje mas notable de toda su apología es la enumeración que hace de los atributos de Dios interrogado por Autólico sobre este punto: ved aquí su traducción:

«Muéstrame, me dices, muéstrame tu Dios, y voy á contestarte: tú que le ves, añades, hazme de él un retrato fiel. ¡Insensato! la imagen de Dios no puede dibujarse: nuestros sentidos no alcanzan á la divinidad, cuyas escelencias son superiores á la palabra y al oído material.... si llamase *luz* á Dios le daría el título de una de sus obras; si le designase con el nombre de *inteligencia*, daría á conocer la fuerza incalculable de su acción creadora; si *espíritu*, espresaría su sustancia íntima; si *providencia*, su bondad infinita; si *soberano*, rey de la tierra y del cielo; si *juez*, si *padre*, si *fuego*, en fin, yo no haría sino reasumir en cada uno de esos nombres sus atributos, su cariño para los buenos y su indignación contra los perversos.»

La apología continúa en este mismo sentido, siempre llena de interés de erudición y de piedad. Recomendamos muy particularmente su lectura á los jóvenes para completar por sí mismos el ligero juicio que sobre San Teófilo acabamos de hacer.

ATENÁGORAS es uno de los Apologistas griegos de mayor



importancia: acerca de su vida no sabemos mas que lo que el mismo nos dice, que era ateniense, filósofo y autor de muchas obras escritas en defensa de la verdad.

Los dos únicos monumentos que se conservan de Atenágoras bastan para dárnoslo á conocer: su *Apología á los emperadores Marco Aurelio, Antonino y Lucio Aurelio Cómodo* (1) y el *Tratado sobre la resurreccion de los muertos* ponen de manifiesto sus grandes dotes como escritor, su sabiduría, su energía en defender las verdades de la fé contra las persecuciones de la impiedad y la rabia de sus irreconciliables enemigos.

Una de las mayores pruebas que pueden citarse en favor del Cristianismo es la conversion de esos grandes talentos, de esas superiores inteligencias de que venimos ocupándonos en este momento: procediendo de las filas de los filósofos mas célebres, educados en las escuelas mas acreditadas, aceptan sin vacilar una gran mision: llenos de asombro primero, de entusiasmo despues, desafian sin temor la adulacion y la tiranía, y hasta con su misma sangre atestiguan la doctrina que defienden.

Los ilustres trásfugas del paganismo y las escuelas filosóficas, nombre con que Henry designa á los Apologistas, no son los ignorantes y oscuros discípulos de las antiguas creencias; la erudicion prodigiosa que revelan sus escritos, la fuerza de sus razonamientos, el conocimiento perfecto de cuanto hasta entonces se sabia, se enseñaba y se practicaba,

(1) Esta apología se escribió entre los años 176 y 180, por mas que el Abad Fleury la coloque en el 166, suponiendo que fué dirigida á Marco Aurelio y á Lucio Vero en vez de Cómodo, como por nuestra parte sostenemos. Véase sobre este particular á Tillemond y á Ceillier.

alejarian de ellos esa acusacion si alguien para desprestigiarlos la lanzara imprudente ó sostuviese temerario. Todo les es familiar, la filosofia con sus sistemas, el paganismo con sus absurdos y el Cristianismo con su unidad y perfecta economia: ellos obran con tanta lealtad, que no se abstienen de revelarnos los argumentos y las violencias que contra ellos se emplean; presentan el pro y el contra bien persuadidos de poder triunfar de sus contemporáneos y de las generaciones futuras que habian de combatir sus escritos con insensatez.

Atenágoras escribe con tanta solidez como modestia, y es imposible leer con indiferencia sus trabajos; de tal manera hablan al entendimiento y al corazon.

«Si podeis convencernos de un solo crimen, dice, negadnos vuestro perdon, prontos estamos á sufrir los mas crueles suplicios; nuestros lábios permanecerán cerrados, nuestras manos no se alzarán en demanda de vuestra indulgencia. Pero si el solo delito de que se nos acusa es nuestro nombre, vosotros, como Príncipes, debeis defendernos colocándonos bajo el amparo de la ley: usad con nosotros la benevolencia que con los demás; que podamos tambien tributaros gracias si vuestra proteccion nos liberta de la calumnia y la mentira.... No os piden los cristianos mas que lo que en justicia concedeis á todos vuestros vasallos.... Examinad nuestra vida, pero quede absuelto nuestro nombre.»

En otro pasaje de su Apología, dice:

«Príncipes, séame licito preguntaros: Entre esos filósofos y gramáticos que orgullosos esponen su ciencia en medio de las calles y plazas; ¿hay por ventura uno solo que ponga en práctica los sublimes preceptos de la moral cristiana, que sepa volver el bien por mal, amar sinceramente á sus enemigos y orar aun en favor de aquellos que maquinan contra su vida? ¿No veis



que emplean su tiempo en armar asechanzas y asegurar su ruina? de manera que ellos profesan el *arte de bien decir*, mas no el *arte de bien obrar*. Entre nosotros hallareis artesanos, mujeres ancianas, gentes sencillas y hasta ignorantes que no acertarán á demostraros con su palabra la verdad de nuestra doctrina, pero que con sus obras ponen de manifiesto sus excelencias; no aprenden discursos elocuentes, les basta practicar acciones virtuosas; no se defienden, ni ponen por justicia á los que les usurpan sus bienes, les dan lo que poseen y les aman despues como á hermanos.»

Traduciríamos con gusto otros muchos trozos de la Apología de Atenágoras, si el deber de pasar de ligero en nuestro libro sobre estas materias no nos lo impidiese. Raros son entre nuestros escritores profanos los que se cuidan de conocer los ricos tesoros de esta literatura inspirada por el Cristianismo, y que muchos consideran propia exclusivamente del sacerdote; nosotros aconsejamos á los hombres de letras, á los poetas, á los publicistas todos, que lean con detencion las *apologías*; no son tan solo monumentos de piedad y arsenales inmensos para el orador sagrado, son modelos acabados de razonamiento y pública discusion: su lectura abriria para muchos horizontes desconocidos de luz, ganando para la religion muchos espíritus frios é indiferentes porque desconocen los beneficios inmensos de esa creencia, de ese culto, de esa filosofia, de esa doctrina, en fin, á la cual debe la humanidad todas sus mas estimables conquistas y positivos adelantos.

Al sacerdocio toca recomendar desde el púlpito y en el confesonario la lectura de esos libros que muy pocos conocen, y que muchos juzgan siguiendo las opiniones de los que, robando acaso sus mejores inspiraciones, adulteran criminalmente sus

páginas, y los censuran seguros de ser creidos por los que se muestran mas benignos con los errores de la ignorancia, de la ambicion ó la mala fé, que con quien les muestra amoroso el camino de la verdad.

HERMIAS vivió, segun la opinion de los mejores criticos, en el siglo II de la era cristiana, no habiéndonos conservado la tradicion, ni las particularidades de su vida, ni el lugar de su nacimiento.

La única obra que se conserva de este Apologista se titula *Los Filósofos Burlados*, y es una muestra inequívoca del talento y la fina crítica de su autor. Sus picantes chistes contra los pretendidos reformadores de la antigüedad, son una prueba evidente, segun Bergier, de que los conocia bien y sabia los medios de destruir su importancia. Cellier considera la refutacion de Hermias como una obra maestra. Houtteville la compara por lo animada á los diálogos de Luciano, y por último, un escritor moderno nos habla de ella con un gran entusiasmo. «No creo, dice, que sea posible encontrar en otro idioma un escrito que reuna á tanta claridad y precision tanta vivacidad y finura, tanta gracia y oportunidad, tanta brillantez é interés.»

Hermias hace pasar ante su vista los filósofos todos del paganismo: con un sobrenombre siempre oportuno los caracteriza magistralmente: las figuras retratadas de un solo golpe, con un solo rasgo, no permanecen mudas; hablan, esponen sus ideas respecto de Dios, del alma humana y de otros principios fundamentales, y sabe colocar tan hábilmente los personajes de esta grotesca galería, que unos á otros se aniquilan, se destruyen sin darse cuenta de tan extraño proceder y singular



conducta; esto es un rasgo de habilidad suma en una época en la cual se apelaba á todos los medios, incluso al ridículo, para mortificar á los cristianos.

Ved aquí una muestra de su estilo:

«.....Preguntadles, dice aludiendo á los filósofos paganos, preguntadles qué es el alma: Demócrito os responderá que es fuego, Heráclito el movimiento, los Estóicos una sustancia aérea, algunos que es un vapor, otros una emanación de los astros; Pitágoras os dirá que es un título generador, Hippon un agua generatriz; algunos quieren que sea una mezcla de diversos elementos, Dinarco una armonía, Critias la sangre, muchos un soplo. Ved cuán acordes están los antiguos acerca de esta materia: ¿se concibe mezcla mas estraña? Lo particular es el calor y la seriedad con que disputan y hacen largos discursos para no entenderse.

»Pero si tan acordes están sobre la naturaleza del alma, no se entienden mejor acerca de sus principales cualidades: unos opinan que la felicidad del alma está en el bien, otros en el mal, y algunos en el bien y el mal: es inmortal segun los primeros, sujeta á la muerte segun los segundos; no falta quien afirme que se estingue en el hombre, ni quien sostenga que se trasmite de unos á otros, incluso los animales, ni quien, por último, diga con tono decisivo que se convierte en pequeños átomos que vagan en el espacio. Hay algunos que marcan su duración en tres mil años, y otros que la limitan á un siglo.... ¿Dirán todos la verdad? llega su ceguedad al punto de creerlo así muy seria y formalmente....»

De este modo continúa Hermias destruyendo con una crítica admirable todos los sistemas y las obras del paganismo, su trabajo es hoy como entonces oportunísimo, y sus argumentos aplicables á la cátedra sagrada de nuestros días.

CLEMENTE DE ALEJANDRIA pertenece al número de los mas aventajados discipulos de la escuela de quien ha tomado en la historia su segundo nombre, célebre institucion cuyo origen remontan algunos hasta la época de los Apóstoles, á la que se debieron no pocas conquistas en favor del Cristianismo en Oriente, y que adquirió su mayor apogeo en el siglo II cuando el estóico Panteno, iluminado por los vivos resplandores de la fé, se encargó de instruir á los defensores de la verdad.

Clemente de Alejandria recorrió la Grecia, la Italia, la Palestina y el Oriente, con el fin de conferenciar con los doctores mas célebres y aprender de ellos cuanto constituia el rico tesoro de la revelación y la tradición cristiana. Elevado á la dignidad del sacerdocio, sucedió á San Panteno en la cátedra de los catecúmenos, puesto de honor que desempeñó desde el año 109 hasta el 202. Su muerte se cree acaeció entre los años 215 y 217.

Los escritos que nos restan aun de este Apologista célebre, y á quien la Iglesia ha señalado un puesto entre sus escogidos, son la *Exhortación á los Gentiles*, el *Pedagogo*, los *Stromatas*, y un tratado que se conoce con este título: *¿Cuál es el rico que se salva?*

La *Exhortación* es, en opinion del abate Henry, uno de los trabajos mas completos que se escribieron en esta época contra la idolatría: el género de este libro pertenece á la polémica, y en este sentido su lectura será siempre de gran provecho para el orador sagrado.

El *Pedagogo*, destinado á la instrucción de los catecúmenos, es un compendio de la moral evangélica, ofreciendo la particularidad para ser leído en nuestros días con doble interés, de



describir de una manera notable las costumbres de los cristianos en el siglo en que fué escrito.

Los siete libros de los *Stromatas*, á los cuales hoy se designaria con el título de *Misceláneas ó ensayos*, comprenden una série de objetos diversos. Las opiniones filosóficas de todas las escuelas se colocan frente á frente en este trabajo de las doctrinas evangélicas, rindiéndose un tributo de distincion y superioridad al Cristianismo sobre la filosofía. Todo cuanto se trata en estos libros presenta el atractivo de la novedad, y como monumentos históricos nos han servido de mucho para enriquecer nuestras opiniones respecto del estado de la elocuencia escrita en el período histórico que nos ocupa. La lectura de la mayor parte de las obras de que hablamos, ha sido para nosotros uno de los trabajos mas minuciosos á que nos hemos consagrado para escribir este libro.

*¿Cuál es el rico que se salva?* contiene preceptos instructivos é interesantes.

ORÍGENES, discípulo y sucesor de San Clemente de Alejandría, es uno de los hombres mas extraordinarios que nos ha conservado la historia de la filosofía y la literatura cristiana. Reclamando de nosotros el estudio de los Santos Padres una gran estension, nos vemos precisados á ceñirnos en este momento á lo mas preciso en la ligera reseña que de los Apolo-gistas venimos haciendo, razon por la cual remitimos á nuestros lectores acerca de estas materias á los tratados especiales, y muy principalmente á las obras mismas que como mas notables citamos al hablar de cada uno de ellos.

Orígenes, como Arnobio, San Dionisio Areopagita y otros, escribieron obras, cuyo ensayo no nos compete sin desnatura-

lizar la índole de nuestro libro; pero todos estos escritores notables que prepararon seguramente el gran período en la historia de la predicacion, de que vamos á ocuparnos inmediatamente, merecian de nuestra parte un recuerdo y un tributo de sincera admiracion.

Compuso Orígenes un gran número de obras, tantas, que San Gerónimo y San Vicente de Lerins consideran casi imposible, no ya el componerlas un hombre solo, sino llevarlas á leer. De las obras de Orígenes nos quedan los *Comentarios*, las *Homilias* sobre la Escritura, una brillante *Exhortacion al martirio*, un tratado de la *Oracion* y el famoso libro *contra Celso*, verdadera y gran apología de la religion, y la mas sábia, en opinion de Bossuet, de las obras de Orígenes.

Eusebio, al ocuparse del tratado de Orígenes contra Celso, recomienda su lectura á cuantos deseen conocer á fondo la religion cristiana, añadiendo que este libro es la refutacion mas completa, no solo de los errores de la época en que se escribió, sino de cuantos pueda inventar en todos tiempos la perversion del corazon humano: San Basilio y San Gregorio Nacienceno hacen de ella grande estima; San Gerónimo encarece su diccion; Fleury, Huet, Tillemond, Dupin y otros autores, la recomiendan por su utilidad, por su erudicion y por la energia con que destruye los sofismas de su adversario (1).

#### Apologistas latinos.

TERTULIANO es, sin duda alguna, el mas elocuente de los Apologistas latinos: San Agustin, San Gerónimo, San Vicente

(1) La mejor edicion de las obras de Orígenes, es la que hizo en París el P. La Rue en 1733.—*Origenes opera omnia quæ græce vel latine tantum extant.*